

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

vincente introducción a las ideas de Marx y Engels. Pero como todas estas cosas, uno debe siempre entenderlo en su contexto: como un llamado a la revolución basada en un poderoso y abarcativo análisis de la naturaleza del capitalismo.

Nueva York, enero de 1998.

Referencias

Mandel, E. (1971): *The formation of the economic thought of Karl Marx*, New York, Monthly Review Press.

Shaikh, A. (1978): "An introduction to the history of crisis theories", en *U.S. capitalism in crisis*, Union for Radical Political Economics, New York, Monthly Review Press, pp. 219-241.

El *Manifiesto Comunista* a 150 años de capitalismo y socialismo

Alejandro Dabat

El *Manifiesto Comunista* escrito por Carlos Marx para la Liga de los Comunistas alemana en vísperas de la revolución democrática de 1848, fue una pieza maestra de la literatura política moderna tanto por su prosa concisa, bella e implacable como por el vuelo histórico del razonamiento y la actualidad tantas veces renovada de sus propuestas. Desde su aparición fue el principal referente analítico, programático y simbólico de los millones de hombres y mujeres que convergieron en el más grande movimiento político y de construcción social de masas de los últimos dos siglos. El derrumbe del Campo Socialista y la reacción antimarxista que le siguió, afectaron muy fuerte-

mente su fuerza referencial para la nueva intelectualidad crítica post-comunista. Pero, paradójicamente, otros componentes del cambio mundial como la globalización del capitalismo, volverían a colocar en el primer plano aspectos centrales del *Manifiesto* como su grito final de combate: "¡Proletarios de todos los países del mundo, uníos!".*

El internacionalismo del *Manifiesto* fue el resultado de un análisis del capitalismo que aún hoy en plena mundialización asombra por su precisión y visión de futuro. "Mediante la explotación del mercado mundial la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base

nacional. Las antiguas industrias nacionales... son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo... En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones, se establece... una interdependencia universal de las naciones... tanto (al nivel de) la producción material, como intelectual". Dentro de este marco situaba la acción del proletariado, "la clase de los obreros modernos desarrollada por el propio capitalismo, que no vive sino a condición de encontrar trabajo, (y que) lo encuentra únicamente mientras su trabajo acrecienta al capital". Preconizaba que su liberación sería "obra de los trabajadores mismos", que debía "hacer saltar toda la superestructura de la sociedad oficial" y que sólo lo podía lograr por su unidad internacional.

Esto fue escrito en los albores de la industrialización, cuando el régimen fabril sólo había alcanzado a un puñado de países (Inglaterra, Bélgica, Suiza, regiones de Francia y el nordeste de Estados Unidos, partes aún más reducidas de Alemania). Tanto la interdependencia de la producción y la cultura mundial

como la proletarización universal del trabajo, todavía eran y serían por mucho tiempo, una pura potencialidad del modo de producción en proceso de nacimiento, aún muy lejos de traducirse en relaciones sociales dominantes.¹ Esta confusión entre potencialidad futura y realidad presente daría lugar a tendencias muy fuertes a la exageración de las condiciones favorables a la revolución socialista y a la consiguiente formulación de propuestas políticas voluntaristas.

Una de estas tendencias fue la temprana subestimación de la capacidad de la burguesía para asimilar y realizar reformas que ampliaran la base política de su dominación. En esta dirección, el *Manifiesto* plantearía la tesis que proclamaba la necesidad inmediata de la revolución proletaria e inevitabilidad de la derrota del régimen burgués, a partir de la idea, en 1848, de que "la burguesía ya no era capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante en la sociedad" por su imposibilidad de asegurar condiciones mínimas de existencia al proletariado (p. 42).² Esa idea del *Manifiesto*, posteriormente complementada por la de la supuesta imposibilidad de la burguesía de desarrollar nuevas fuerzas, volvería a estar presente en formulaciones tan diversas como el programa trotskysta de transición o la teoría stalinista de la crisis general del capitalismo que

fundamentara la tesis contraria de “socialismo en un solo país”.³

En lo que hace a la capacidad revolucionaria socialista de la clase obrera, el *Manifiesto* sobrestimó las posibilidades de un proletariado fabril compuesto mayoritariamente entonces por niñas y niños, al plantearle tareas que excedían ampliamente sus posibilidades sociales, políticas y culturales, como la toma violenta del poder y el ejercicio revolucionario del mismo, la gradual “centralización de todos los instrumentos de producción en manos del Estado” o la planificación general. El llamado a este tipo de tareas, más que responder a la idea estratégica central de que la liberación de los trabajadores debía ser por obra de los trabajadores mismos, se adecuaba más bien a la idea jacobina (substituista) del liderazgo revolucionario de los elementos más radicales de la intelectualidad en nombre del pueblo (o del proletariado).

Esta ambivalencia del *Manifiesto* entre jacobinismo y socialismo democrático de masas no dejaría de tener consecuencias ulteriores muy importantes para el movimiento socialista. El impresionante éxito de la Segunda Internacional en la segunda mitad del siglo XIX resultó de la mejor tradición de autoorganización y acción de masas (reducción de la jornada de trabajo, sindicalismo, cooperativismo) conjuntada con la lucha por la demo-

cracia parlamentaria, que fueron prácticamente omitidas o tratadas incorrectamente por el *Manifiesto*.⁴ Por el contrario, la suplantación de la democracia por la dictadura revolucionaria en el contexto de las revoluciones del siglo XX, o la sustitución del proletariado por partido del proletariado primero y de éste por la burocracia estatista después, encontraron legitimación “comunista” en nombre de la tradición jacobina del *Manifiesto*. Pero en la medida en que lo hacía, el movimiento socialista fue alejándose cada vez más de la faceta internacionalista y de autonomía político-social del proletariado para acentuar la faceta dictatorial-estatista que lo conduciría a un callejón sin salida.

La entrada del mundo en una nueva época signada por el derrumbe del socialismo estatista, la revolución informática, la globalización del capital y la proletarización planetaria del trabajo bajo formas mucho más complejas (descentralización, flexibilización, precarización, femeneización, polivalencia, diversidad étnica) plantea al socialismo marxista nuevas oportunidades y desafíos. Entre ellos estará la manera de entender el legado del programa escrito por Marx para la Liga de los Comunistas que diera tanto que hablar en siglo y medio.

México, febrero de 1998.

Referencias

* Las citas al *Manifiesto* corresponden a C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, s/f.

¹ Esta relación de potencialidad sería demostrada científicamente por Marx más de diez años después en su principal obra, *El capital o Crítica de la economía política*.

² Las condiciones de explotación salvaje del proletariado databan de épocas anteriores (acumulación originaria y revolución industrial donde ésta se había dado) y, en todo caso, tendían a mejorar por lo menos en Inglaterra, el único país importante verdaderamente capitalista en sentido moderno. Entre 1844 y 1850 había tenido lugar en ese país el proceso de reducción de la jornada de trabajo de doce a diez horas diarias, en lo que constituiría la premisa del pasaje del capitalismo hacia formas más avanzadas (intensivas) de industrialización y explotación del trabajo (*El capital*, t. I, caps. 7 y 8). Tampoco resultaba correcta para esa época la identificación entre proletariado y sociedad (por la que debía entenderse más bien la gran masa de la población no asalariada). En realidad, la generalización del trabajo asalariado moderno tendería a coincidir ulteriormente con

el acortamiento adicional de la jornada de trabajo y logros salariales y de participación política y seguridad social de los trabajadores.

³ Sobre este punto puede verse nuestro libro *El mundo y las naciones*, CRIM-UNAM, México, 1993, pp. 159-161.

⁴ Dentro del planteamiento general de estatización de todos los medios de producción sin referencia a mecanismos concretos de gestión popular, resulta particularmente errónea la referida al campo (por el predominio casi general de la población rural y la pequeña propiedad de entonces). La estatización de la propiedad agraria y el derecho de herencia iría contra los sectores más dinámicos del campo y sentaría un precedente equivocado que ayudaría a justificar ulteriormente la barbarie stalinista de los años treinta. En contraposición a esta tesis, la socialdemocracia de Dinamarca, en los países nórdicos, convertiría al cooperativismo en pilar fundamental del desarrollo económico y social más avanzado de Europa occidental. Llama la atención que para países de economía agraria dominante basada principalmente en la pequeña producción, el *Manifiesto* propugne simplemente la expropiación de la propiedad territorial a secas (de toda):